

An illustration of a woman with long brown hair, wearing a vibrant blue long-sleeved sweater and black shorts, sitting on a yellow upholstered chair with a wooden frame. She is holding a red mug with both hands. Her legs are crossed at the ankles, and she is wearing white socks and white sneakers. The scene is set on a wooden floor with a patterned rug partially visible in the bottom right corner. The style is a detailed, painterly illustration with strong outlines and a rich color palette.

Emilia da Silva

Plan Z

ARISTAS
martínez

Colección Pulpas n.º 49

Narrativa

Primera edición: octubre 2023

Título original: *Plan Z*

©2023, Emilia da Silva, del texto
©2023, Daniel García, de la ilustración de cubierta

©2023, Aristas Martínez Ediciones
www.aristasmartinez.com
c/ Hernán Cortés, 6B, Badajoz 06002

Edición al cuidado de
Cisco Bellabestia y Sara Herculano

ISBN: 978-84-19550-08-8
Depósito legal: BA-504-2023
Impreso en Estugraf

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447)

Plan Z

Emilia da Silva

Índice

1	Compota de manzana cocida.....	11
2	Canciones pop.....	15
3	Revolución.....	21
4	Cinco trenzas.....	26
5	Torneo de rugby.....	28
6	Bus.....	32
7	Pipas.....	38
8	Primavera.....	43
9	A las afueras.....	50
10	Plan Z.....	59
11	Extraterrestres.....	69
12	Zumo de frutas.....	79
13	Miki el tortuga.....	94
14	Primer día del viaje a la playa.....	104
15	Segundo día del viaje a la playa.....	117
16	Transmutación.....	154
17	Matadero consciente.....	181
18	Filete empanado de pollo.....	198

Compota de manzana cocida

Hoy el día tiene la textura de una compota de manzana cocida. Amaneció así, gastado, con el mismo número de burbujas que la lata de Coca-Cola abierta hace cinco días, quizás menos, da igual, aunque es posible que la abriera el jueves y que haya exagerado.

¿He exagerado? A quién le importa eso y qué más da.

Me apetece desayunar, así que voy a la nevera y miro dentro. Está ahí, ¿dónde iba a estar si no? La lata sigue abierta junto a los sobrecitos de ketchup, debajo de los boquerones fritos que mi abuela metió ayer en una taza de café. De algunos sobresale la cabeza y de otros, la cola. Pequeños boquerones muertos en una taza de café. Me gustaría tirar todo eso que está en la nevera y que no sirve, pero creo que hace falta la fuerza de un refresco recién abierto o quizás lo que uno siente cuando se enamora y no sabe si la otra persona está también enamorada o no. En cualquier caso, como ya he dicho, hoy el día tiene la textura de una compota de manzana cocida, por lo tanto, dejo la nevera como está y cojo el tetrabrik de leche de mi desayuno.

Como todas las mañanas vierto la leche primero en la taza, para calcular la cantidad, después vació la taza en un cazo roto sin mango que, tanto mi abuela como yo, usamos solo para calentar la leche del desayuno. Lo de ese cazo es como un acuerdo

silencioso entre mi abuela y yo, que no hemos mencionado nunca y que está entre la pasividad, la rebeldía y el amor de hacer cosas entre dos porque sí. De todas maneras solo es un cazo, un cazo roto un día de mierda en un desayuno con leche triste que hierve cuando me olvido de vigilar el fuego y ya está.

Después de desayunar, y de mojar las galletas, y de que mi abuela se levante y desayune en la terraza y me avise de unas moscas gordísimas que hay allí, de que está todo lleno de moscas, de que nunca había visto unas moscas tan gordas, después de eso me siento en el sillón del cuarto y pienso en lo que voy a hacer con el día. Si el mundo fuera justo, el día haría algo para intercambiarlos los cuerpos. El de mi abuela para mí y el mío para ella, para que ella lo usara como debe usarse un cuerpo, para que follara y matara con una revista a las moscas más gordas que ha habido nunca en una terraza. En realidad matar moscas no es fácil y mi incapacidad para limpiar la nevera, tirar una lata de Coca-Cola a medias, follar y comprar un puto cazo con mango debería estar castigada con beber únicamente y hasta el resto de mis días refrescos empezados hace una semana, de los que dejan la lengua pegada al paladar. Pero no lo está. Y yo sigo aquí en el sillón verde de mi cuarto con los pies sobre la cama. Encima del escritorio hay una bolsa de cacahuets vacía. También hay un vaso de agua que tiene algunas burbujas pegadas al vidrio, un boli azul y una crema de manos. Me pregunto si de verdad podría dejarme morir aquí, en un sillón, frente a una bolsa vacía de cacahuets llena de sal.

Con un movimiento lento como el de un lagarto al sol, giro con desgana sobre mí misma para masturbarme encima del brazo del sillón con el pantalón del pijama puesto. Me restriego contra el brazo del sillón igual que un perro. Sin porno. Sin imaginar

nada con el chico al que me gustaría morderle la oreja y agarrarle las nalgas, pero que como siempre en estos casos no se deja, o no quiere, o quiere pero no sabe si es una buena idea, o no le gusta de esa forma o cualquier otra cosa tan complicada como las burbujas pegadas al vidrio del vaso de agua que está sobre la mesa. Así que lo único que hago es masturbarme como lo haría un perro minúsculo y blanco en pijama. Más que una paja es un intento de agarrar el día por el cogote, tirarlo al suelo y hacerle un corte de mangas, pero claro, el día es demasiado grande y fuerte para que yo intente nada con él.

De repente, en medio del asunto y mucho antes de correrme, suena el teléfono. Como la paja en realidad es una pretensión de corte de mangas no pasa nada por dejarla a medias, por no recuperarla, por olvidarla a los cinco minutos. Me levanto y cojo el teléfono. Mientras escucho la voz de mi hermana, que vive con su chico en un chalet que tendrá una piscina a la que yo podré ir en verano a jugar con una pelota gigante de plástico de propaganda de Nivea, pienso en lo fácilmente que me he levantado del sillón al oír el teléfono. Debo de ser como Batman en su Batcueva cuando ve su señal en el cielo. Mi hermana me habla y me pregunta y yo, de fondo, escucho el aspirador especial de acero que su chico compró para quitar las cenizas de la chimenea que todavía queman. Él siempre dice que así puede dejarla encendida más tiempo. Dice que el aspirador tiene mil vatios de potencia. Dice que si yo un día tengo una chimenea, él me consigue uno a mitad de precio. Yo, para darle las gracias, respondo siempre que cuando desmonte el armario que está en mi cuarto y que mi abuela y mi abuelo debieron de usar para guardar calcetines y condones, si es que se usaban condones en aquella época, voy a hacerlo cachitos y a llevarlo a su casa para que lo quemé en la

chimenea y para que luego pueda recogerlo con el aspirador de acero.

Mi hermana y yo hemos colgado hace ya un rato pero, por lo que me ha contado, ella sí le ha hecho un buen corte de mangas al día. Ella siempre coge a los días del cogote y les hacer morder el polvo. Por eso, porque todo ha sido siempre así y en realidad la textura de mierda de una manzana cocida no es algo para enseñar, cuando me ha preguntado que qué tal me ha ido a mí la mañana, le he dicho que la terraza está llena de moscas, unas moscas gordísimas que no había visto nunca en el piso de la abuela porque, ya sabes, este décimo está por lo menos a sesenta metros de la calle. En serio, ¿cómo crees que habrán hecho cien moscas gordas para volar sesenta metros hacia arriba desde el suelo?

Canciones pop

Dicen que es una mala idea. Tan mala idea que si estuviéramos en los años ochenta seguro que tratarían de convencerme con una cinta de canciones pop grabada en un radiocasete. Grabarían varias veces para mí la canción melódica *chica, no te inicies en el sexo en un local swinger*. No te inicies ahí por mucho que *swinger* suene a paso suave de swing y a zapatos negros de claqué.

Y no es que yo, la chica, tenga algún tipo de fijación con la sofisticación o la naturalidad de la forma *swinger* del sexo. Es solo que es cansado, socialmente cansado, emocionalmente cansado, hasta física y mentalmente cansado haber follado con treinta años una única vez en la vida. Casi el mismo número de veces que he conseguido dar la vuelta a la tortilla sin que se pegue o se convierta en revuelto.

YO. ¿Cómo hago para que la tortilla no se pegue a la sartén?

GOOGLE. ¿Prefieres una lista de consejos comentados o un vídeo de dos minutos con más de cien *likes*?

La idea de follar en un local *swinger* surgió de un tipo alto, normal y pelirrojo con un perfil raro en Tinder. No se le veía la cara en las fotos y la descripción era algo así: *casado para quien necesite saberlo, con experiencia en el lado oscuro de la ciudad. Dulce,*

pasional y salvaje. No recuerdo cuándo lo acepté, pero debió de ser mientras cagaba. Debía de estar en casa, cagando, y supongo que al cagar me dio por pensar que la capa de mierda del mundo era tan gorda que si existiera un local de putas y putos y profilácticos hasta la nariz, correría hacia allí cada tarde de cada día de cada estación, correría como corre el amor en una canción loca de enamoramiento pop. Porque todo lo importante de esta vida está en el estribillo de una canción. Lo demás, ya sea sobre mí o el mundo, es lo que decía de la capa de mierda gorda y el cagar.

Me imagino que después de salir del baño, al sentarme frente al ordenador, olvidé todos los perfiles aceptados hacía un minuto sobre la taza del váter. De hecho, lo más probable es que no volviera a abrir la aplicación hasta el día siguiente, entre las nueve y las diez, al desayunar en la mesa de la cocina una taza de leche y galletas de cereales. El que empezó a hablar fue el tipo, que me preguntó muy seguro a través de Tinder si yo tenía tiempo y le dije que sí, y él me dijo que por sus circunstancias él no pero que podíamos vernos cuando saliera del trabajo, y yo le dije que bueno pero que si llevaba traje no me iba a gustar, y él respondió que lo sentía pero que no veía más opción. También sugirió que, de apetecerme, podría quitarle la corbata en el hueco de un ascensor.

YO. ¿Cómo se entra en el hueco de un ascensor?

GOOGLE. Si quieres arreglar o instalar un ascensor, ahora mismo hay tres ofertas disponibles.

YO. ¿Es habitual follar en el hueco de un ascensor?

GOOGLE. No encuentro resultados con la palabra *hueco*, pero hay varias plataformas que ofrecen vídeos de parejas teniendo sexo en un ascensor. ¿Quieres verlos?

La primera vez que quedamos el tipo llevaba una corbata roja y un traje gris oscuro. Parecía un vendedor ambulante de alarmas, créditos bancarios o piruletas de regaliz. El bar que eligió cerca de su trabajo, *la próxima vez vamos a uno que te venga bien a ti*, era uno de esos locales de mercado: excarnicería, pescadería o ex cualquier otra cosa que ahora tenían un grifo de cerveza y una barra llena de pescadito rebozado y fiambre para tapas. Nos sentamos en los taburetes de una mesa alta con forma de barril gigante y yo, para conocerle un poco, le pregunté al vendedor de piruletas de regaliz de qué iba su trabajo. Él me contestó que trabajaba en el *departamento de marketing de una entidad financiera* y después, casi en la misma frase, preguntó si me apetecía tomar algo. Supongo que está escrito en alguna canción pop que si un hombre se quiere follar a una mujer es fundamental que la deje sentada, esperando en un taburete alto junto a una mesa barril gigante mientras él va a la barra a pedir dos cañas, la suya sin alcohol, pague y las traiga de vuelta a la mesa. Algo así debe de estar escrito. Supongo que quien lo escribió no se paró nunca a pensar en el coñazo que es quedarse sola en la mesa mirándole al tipo su cogote de hombre. Así que, sin ningún rencor, porque aunque el tipo sea un vendedor de piruletas de regaliz lo único que hacía al ir a por las cañas era trabajarse su papel, me levanté del taburete alto y fui con él a pedir a la barra. A la vuelta, ya sentados frente a la mesa, él se ajustó la corbata. *¿Has leído mi perfil, verdad? Vale, te lo pregunto porque hay gente que no lo lee y no quiero engañar a nadie ni que nadie se engañe. Estoy felizmente casado y tengo dos hijos, quiero que eso se mantenga así. No puedo quedar un día contigo para ir al cine porque si me encuentro con mi cuñado, ¿qué le digo? Lo que podemos hacer, si tú quieres, es quedar en un hotel o en uno de esos locales que te comenté a través*

de Tinder. No sé si algo de eso te interesaría. Cuando decía que conocía el lado oscuro de la ciudad no era broma, mi único límite es que soy heterosexual. Tú decides hasta dónde quieres ir y por eso no te preocupes, porque a mí no me gusta forzar a nadie, vamos al ritmo que tú quieras. Yo no es que no tenga sexo con mi mujer, es que, bueno, con ella es diferente, ¿sabes? Pero no busco solo sexo, también complicidad, lo ideal es tener las dos cosas, por eso a mí me gusta repetir con la persona. Para esto tengo muy buenas amigas. No dices nada, ¿esto te va bien? Claro que a lo mejor debería callarme para que hablaras tú. Eso me dicen, que hablo mucho. ¿Tú buscas alguna cosa?, ¿tienes alguna fantasía?, ¿qué es lo que te gusta en el sexo? Por ejemplo, tenía una amiga a la que le iba el rollo trans y fuimos a una fiesta así porque lo quería probar. Yo estuve ahí, con ella, pendiente. De todas formas, si al final quieres, no tienes que preocuparte porque en estos locales hay gente, ¿sabes? Por ese lado puedes estar tranquila y si algo no te gusta, te levantas y te vas. Además, yo voy a estar ahí, si tú quieres.

Cualquiera hubiera dicho que este tipo era un enfermo y un cabrón. Sin embargo, no habrían criticado las alas masculinas de águila que se imaginaba que tenía y que estaban destinadas a protegerme a mí entre los tríos, los intercambios, las camas redondas y los agujeros para meter el coño o el rabo. El tipo era guapo, eso era un hecho. No guapísimo, pero guapo. Follar es una necesidad, aunque no aparezca nada sobre ello en el estribillo de ninguna canción pop. No sé si amar es una necesidad, pero es algo que hago bien. Algo que me pasa y que hago bien. Follar no me pasa. Para follar hay que pelear mucho ahí fuera.

Voy a serte tan sincera como has sido tú. Ahora mismo, entre el traje, la corbata y tu discurso, no me atraes. A mí estas cosas nunca me salen bien, así que mi experiencia sexual está a años luz de la

tuya, no sé si tienes algún problema con eso. Yo, con toda tu historia, no tengo ninguna pega más allá de que no quiero líos y de que, joder, vaya discurso.

El vendedor de piruletas de regaliz se rió un poco, dijo que creía que hacía falta dejarlo todo claro y habló durante un buen rato más. Habló de que follar en el hueco de un ascensor no era broma y yo seguí sin entender cómo se podía follar en el hueco de un ascensor, ¿no es por ahí por dónde sube y baja la cabina? Habló también de que el mejor sexo que había tenido fue en el parking de su trabajo con una tía que dejó de follar con él porque encontró pareja, y él se alegró, por ella, *porque ya sabes, yo estoy casado*. También, no sé por qué, acabó contándome que su hijo veía una y otra vez la misma escena del desierto de Tatooine de la primera película de Star Wars. Luego dijo que se tenía que ir y me propuso que lo pensara y que si al final me apetecía, quedáramos en un local que tiene zona de spa porque así, de paso, nos dan los chorros de la piscina de burbujas de agua caliente.

YO. Cuéntame todo lo que sepas del local que está aquí al lado y de los chorros de su piscina de agua caliente.

GOOGLE. Eso es fácil: hay fotos, mapas, comentarios, foro oficial, foro extraoficial, distintos horarios, precios y hasta reseñas en Trip Advisor.

Así que fui con él. Y luego, o sea ahora, al volver de pie, en el metro, con el pelo mojado y sin calcetines, entiendo todavía menos la melodía pop que disfruta la gente. Entiendo todavía menos por qué para follar hay que pelear tanto aquí fuera. No entiendo por qué la gente se infla la boca al hablar de amor pero se pone un muro para follar. Y todo esto no lo entiendo al margen de

que, probablemente, amar y follar a la vez sea como subir al Himalaya en bragas tres veces y a la tercera, en la bajada, no sentir dolor ni en la uña de un dedo del pie.